

JUAN MANUEL MARCOS: *EL
INVIERNO DE GUNTER*, UNA
NOVELA QUE SUPERAR LA
FRONTERA DEL POSMODERNISMO

KATALIN KULIN

Universidad Eötvös Lóránd de Budapest



Las historias bastante breves de la novela moderna no se desarrollan de continuo, en ellas el tiempo ora retrocede ora se adelanta por décadas. No es el narrador el que descubre los acontecimientos, actitud de la que también podemos desprender que su significado cuenta solo en la medida en que surgen en la conciencia de determinados personajes. Pero ni aun así llevan en todos los casos el énfasis debido y no nos parece justificada su interpolación en el texto. El resultado es una sensación de contingencia, las historias no avanzan hacia ningún objetivo, no son ordenadas por el narrador, tampoco por los personajes y mucho menos por algún poder superior. Estas constataciones – si admitimos su vigencia – pueden atribuirse al estancamiento de la trayectoria vital del individuo y de la comunidad, a su extravío por senderos errados, a la percepción vital característica de nuestro tiempo, a lo fragmentario de la realidad vivida. Y todo esto podemos encontrarlo también en *El invierno de Gunter*. La diferencia estriba en que ello no hace sufrir a los personajes de la novela porque no es en los acontecimientos donde se realizan.

Estos yoes aparecen en los múltiples aspectos de su exis-

tencia: en las profundidades más insospechadas de su cuerpo, en las relaciones con los demás y con el entorno que las apoya o paraliza, en sus puntos de vista social y político, en sus conocimientos culturales, en su sensibilidad. Y se manifiestan en los diferentes niveles del cuerpo, del espíritu y del alma sin que pudiéramos percibir en ello intentos dirigidos a fundir en unidad tales niveles. Pero que aun así queden todavía expectativas adicionales lo adivinamos por los fragmentos especialmente destacados, con letras en cursiva. Tampoco es casual que estas líneas, por su peculiar tono poético, se eleven a las alturas del alma en una palabra dada, en una imagen o una representación que no conectan con los trozos de texto que las rodean.

En las páginas introductorias del primer capítulo de esta novela dividida en tres partes, Eliza escucha la conferencia de Roberto (Toto) Azuaga sobre el mesianismo tupi-guaraní. Los karaís que se presentan en las tribus postulan que el mundo es indeciblemente cruel, pero que podemos conquistar el mundo bueno. Con respecto a este planteamiento, esperamos que la obra pase a exponernos los problemas substanciales del mundo. Pero esta conferencia de contenido serio será interrumpida, de un modo que sugiere ironía, por las palabras vulgares que Eliza dirige a Toto sobre sus deseos sexuales, con texto en cursiva.

Los personajes representan a generaciones diferentes. Los jóvenes: Verónica y Alberto, hijos de Evaristo Sarriá- Quiroga, además la amiga de Verónica, Soledad, cuyo padre era barbero, y después de cuya muerte ella y su madre quedaron tan pobres que la joven adopta el nombre de Malena y se pone a trabajar en un burdel. Allí la conoce Alberto y se enamora de ella.

Los miembros de la generación mayor son dos profesores universitarios: Eliza y Toto Azuaga. Eliza es la esposa de Gunter. Toto morirá de cáncer. Gunter se presenta como el

hombre de la carrera lograda. Apenas hay unos años de diferencia entre ellos, aunque probablemente sea mayor en el caso del obispo Cáceres, quien había tomado parte en la guerra del Chaco igual que Alejandro Sarriá-Quiroga, un héroe nacional, u otras grandes figuras de la historia, a los que el autor solo menciona y mediante los cuales apunta asimismo a una imagen más amplia y abarcadora.

En el caso de los jóvenes se tiene la impresión de como si el acontecimiento abarcara solo tres meses, puesto que la representación del drama escogido tendrá lugar en la escuela (donde vemos a Verónica como quinceañera y Soledad tal vez un año o dos mayor, pero al momento de la función ambos ya están concluyendo sus estudios). No es fácil identificar el presente con un año. Algunos años dados en la vida de los mayores pueden servir de orientación solo si calculamos con cuidado, pero evidentemente el lector generalmente lo atribuirá a la intención del creador y aceptará la confusión. No se excluye que el estudio también deba así concebir el tiempo, que se desplaza de aquí para allá, el tiempo errante. Su rasgo característico, la continuidad, ha desaparecido, privando así aparentemente a los hechos de las consecuencias con ellos relacionadas o esperadas.

El relato tiene la peculiaridad de que junto al modo de impresión acostumbrado eventualmente aparece un texto en cursivas. Muchas veces los pensamientos de algunos de los interlocutores que intervienen en una conversación intrascendente nos permiten conocer hechos y sentimientos. A veces después de la primera oración de los textos así destacados el nombre entre paréntesis de un gran poeta latinoamericano, norteamericano o europeo alude a su procedencia o puede ser un resumen de su poesía. Lo que entonces sigue son los sentimientos de Soledad, ya que ella también es poeta, quien moldea en palabras el amor profundo que siente por Verónica. En vez de las imágenes elevadas y artísticas de la poesía,

Marcos se dirige al mundo concreto demostrando con su incuestionable realidad la fuerza de la vivencia experimentada.

Aunque no se declare, en general es evidente que el portador del entendimiento, del corazón, es el escenario de la concepción. Muchas veces la amargura trae consigo las infamias cometidas por una sociedad o la muerte cercana e ineludible. Tanto Verónica como Soledad ansían un nuevo orden social. Por eso las detienen a ellas las autoridades. En estas pequeñas historias aparentemente breves pueden figurar las grandes personalidades históricas: el coronel Alejandro Sarriá-Quiroga, héroe nacional, Francisco Solano López, presidente de Paraguay caído en la guerra contra la Triple Alianza. Precisamente en él piensa Eliza cuando está en el mausoleo de los héroes: “En su nombre la patria”. Y sus escritos son muchas veces mencionados también por el autor, cuando recuerda, por ejemplo, que murió en el campo de batalla clamando: “¡Muero con mi patria!”.

Sociedad, política, finanzas, cultura, patria, historia, todos son temas que apenas se perfilan de manera perceptible durante el relato. Un desfile fugaz de diversas generaciones y clases sociales. Solo al profundizar bien en la obra captaremos su significado.

No todo fragmento en cursiva es poesía, su uso puede marcar igualmente un tema sublime como irónico. Pero la diferencia de todos modos se da, el doble formato está en armonía con la duplicidad entre lo bueno y lo malo, entre el sí y el no que caracterizan a toda la obra. Esto lo vemos también en los personajes. La primera vez que nos encontramos con el general de brigada Larraín él parece ser hombre de pensamientos nobles, pero cuando mata a Alberto sabemos que es propietario del burdel y que intentaba satisfacer sus apetitos sexuales con el cadáver de Alberto. Su contraparte es el general González, quien se suicida al saber

que no ha podido salvar a Soledad, a pesar de haberlo prometido. La misma duplicidad está representada por el obispo Cáceres y el cura profesor, que abusa sexualmente de los discípulos a su cargo, al que Alberto, entonces como joven estudiante, matará escondiéndole una víbora en su lecho.

Eliza lleva en sí misma la duplicidad. Ni siente la necesidad de decidir entre sus aventuras sexuales y el amor que siente por Gunter. Es cobarde para impedir que Larraín mate a Alberto, finalmente acabará con Larraín, pero luego no se atreverá a confesarlo para salvar así a Soledad. Si tuviéramos que hacer una caracterización de ella, no sabríamos qué postura adoptar ya que la obra moderna no trabaja con caracteres.

El núcleo de la acción es el drama por representar, la aplicación de la Antígona griega a nuestro tiempo. Aunque el autor menciona solamente su título, la obra sigue el ejemplo de Antígona y de su conformista hermana, Ismene, aludiendo a la angustia de debatirse entre el sí y el no. Soledad/Antígona muere. Verónica asume su destino finalmente como Ismene, pero a ella la dejan con vida por respeto a su abuelo muerto. Antígona en realidad actúa movida por el amor y la obligación. El amor es la fuerza de Soledad, en Verónica la obligación. Verónica en vano ha sufrido horribles torturas en la cárcel, no permitió que su abuelo la sacara de allí. El abuelo se supedita al deseo de su nieta, aunque eso le costará dos infartos y morirá tras el segundo. Ambos se mantienen fieles a sí mismos.

Si admitimos que ello no se basa en el carácter, hay que examinar cómo responde el individuo a los retos que afronta su cuerpo, su espíritu y su alma. Entre estos tres, en el curso de su vida los yoes inconscientemente dan preferencia a uno o a dos de ellos, y escogen un modo de vida que impide la formación armónica de su personalidad. El reconocimiento de la trayectoria vital que mejor les convenga en sí mismo no

basta para encajar en el lugar correcto. El hombre que ha encontrado su lugar será finalmente idéntico a sí mismo.

Eliza siempre cede a su cuerpo, con mucho esfuerzo responde al llamado del espíritu – el conocimiento, la cultura -, pero no satisface a su alma, no asume la muerte inevitable si hubiera confesado ante las autoridades. No sabemos nada sobre las eventuales tentaciones carnales del presidente del colegio de abogados, de su nivel intelectual, pero lo vemos humillarse ante el poder del dictador. Atilio, por su parte, no asume su retorno a la patria por el riesgo de perder su buena posición económica.

En Alberto el amor unifica los deseos de su cuerpo, de su corazón y de su alma. A su verdad incuestionable se debe que nos confiese su amor a lo largo de muchas páginas y sin cursivas (señal de recuerdos): Su muerte, como la muerte en general, nos trae su identidad, igual como lo hace también con el canceroso Toto Azuaga. En el caso del general González, la grandeza del alma garantiza su identidad, mientras que priva de su condición humana a Larraín, hundido en el nivel más abyecto de la sensualidad.

A Soledad ya la hemos comparado con Antígona, pero se justifica que además de su amor, que hace olvidar todos los tormentos, veamos su profundo amor a la patria, su alma enriquecida por su respeto a la cultura, como lo demuestran sus confesiones formuladas con una belleza digna de un poeta. Ya cerca del desenlace surge el nombre de Cristo/Eva como Soledad. Acaso el propio Marcos tampoco sepa si puede compartir o no la sugerencia de este nombre, si el amor puede salvar o no al país. Verdad que el ser que aparece con cara de hombre y de jaguar (la difunta Soledad), y que le lanza una víbora al gobernador, es igualmente culpable como la primera mujer en la Tierra. Y la comparación con Cristo se justifica porque el amor convirtió en gozo el horrible sufrimiento. Postrado de rodillas, el obispo Cáceres celebra la deslumbrante aparición

del espíritu de Soledad y levanta su cruz hacia el cuerpo brillante y herido de Soledad.

La carnalidad de Gunter se realiza en su amor a Eliza, en la unión natural del matrimonio. Seguramente en ello tenga lugar el corazón, pero a eso no se alude. La defensa del muchacho judío es positiva. Su contrario lo experimentamos en el caso de su sobrina, en cuyo interés no se apresura a actuar. De quien menos esperamos amor a la patria es de parte de Gunter, hombre que concibe la vida en cifras. Sin embargo él es quien acepta el sentimiento en él formado y renuncia a su cargo por el que luchó y logró conseguir. Regresa a su país y allí quiere ayudar. Gunter, que hasta aquí se había desviado de su trayectoria vital, alcanza la plenitud de su identidad. Marcos titula a su obra con el nombre de Gunter y su último invierno, buscando que el lector disponga alrededor de esa identidad la vivencia experimentada en la novela. Me permito añadir que afianza la identidad de Paraguay ese rico panorama que condensa las actividades del mundo y sus múltiples tendencias. De modo que no en vano se lo mencionó al comienzo de la novela el país perfecto de los karaí: Gunter se va a trabajar a su país para crear un mundo mejor.